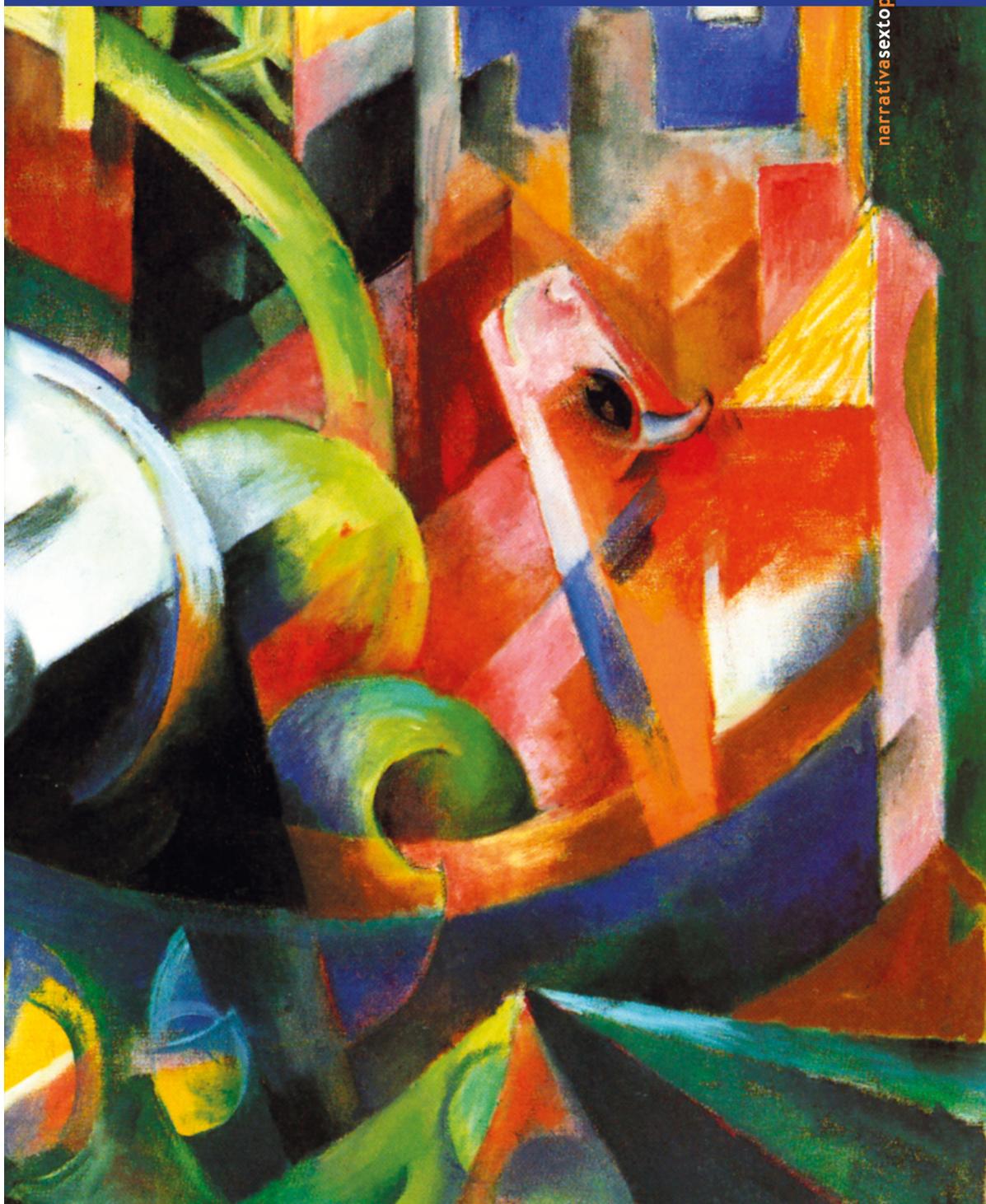


TOMÁS GONZÁLEZ
La historia de Horacio

narrativasextopiso



La historia de Horacio
TOMÁS GONZÁLEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © TOMÁS GONZÁLEZ, 2000

Primera edición: 2025

Imagen de portada
Abstract With Cattle (1913)
FRANZ MARC

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2025
América, 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México
Sexto Piso España, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-10249-65-3
Depósito legal: M-14186-2025

Impreso en España

El tiempo significa únicamente que las etapas del devenir pueden desplegarse dentro de él en nítida sucesión. Y al hallarse enteramente presente en cada instante, emplea las etapas del devenir como si viajara hacia el cielo.

I Ching

Horacio vio a Pacho y al toro pasar bajo los naranjos junto al Volkswagen negro, en cuyos vidrios relumbraban los primeros rayos del sol. Poco antes, todavía de noche, Horacio había salido en levantadora a enjugarle el rocío con una toalla y a brillarlo con otra; luego había entrado a la casa y se había sentado en el comedor, con la pierna cruzada, a fumar moviendo el pie, a tomar café y a esperar a que llegara Pacho con el toro. «Nació para ser nervioso», comentaba a menudo Francisco Eladio, cuñado de Horacio, médico. «No se entiende cómo puede uno estar tan apegado a algo que lo hace temblar tanto», decía con su voz profunda, refiriéndose al gusto de Horacio por la vida.

Sonó el silbido penetrante de Pacho, y el pequinés de las niñas empezó a ladrar como si se hubiera enloquecido. Horacio tenía seis hijas y un hijo —el menor—, y todos dormían mientras los dientes podridos de Pacho silbaban a las seis de la mañana del segundo sábado de julio de 1960. Las niñas empezarían a levantarse después de las nueve; el menor se levantaría a eso de las doce, a gritarle a Carlina, la muchacha del servicio, que le diera el desayuno, y a preguntarle a la mamá que en dónde carajos le habían puesto la honda. Por aquellos días el humo de fábricas y automóviles no había terminado de ensuciar el aire, y el cielo sobre el valle era todavía muy azul.

—Pacho, buenos días.

—Don Horacio, buenos días.

El pequinés, odioso y belfo, salió a ladrarle a Pacho, pero al ver la mole del toro soltó un hipo de terror y se devolvió como una bala, hipando, hacia la casa. Pacho decía a menudo que el perro era marica. Pacho era alto y flaco, tenía ojos azules, andaba descalzo y tenía los pies más grandes del mundo. Le ayudaba a Horacio a cuidar a la vaca. Las niñas lo detestaban. Fumaba tabacos y era capaz de lanzar un gargajo por entre los dientes a cinco metros de distancia.

Mientras el toro se alzaba aparatoso, como si se levantara la tierra, Horacio alzaba la cola de la vaca para que el falo rojo del toro desapareciera entre el calor. El rocío brillaba en las hojas de los plátanos, chispeaba en el azañar de los naranjos. Entonces Pacho hizo caminar un rato al toro por el pastizal de atrás de la casa, para que descansara, y Horacio le picó un tronco de plátano a su pequeña vaca, que era blanca y negra. Las manos de Horacio eran largas y expresivas.

Horacio vivía del comercio en general, pero prefería el comercio con antigüedades. Le gustaba el olor de la madera vieja, del bronce oxidado, del cobre; le gustaban más los cuadros de vírgenes que los de santos, pero tenía, por ejemplo, un san Lázaro con dos perros enormes lamiéndole las llagas que nunca había querido vender. Y entre las pinturas de vírgenes prefería aquellas donde las vírgenes, mirando hacia arriba, parecían a punto de elevarse o desmayarse.

Las antigüedades que Horacio jamás iba a vender las colocaba en la casa. Todo el mundo dormía en camas de columnas, algunas de la época de Atanasio Girardot, y en la sala, el comedor y el cuarto matrimonial colgaban

espectaculares arañas de cristal. Horacio escondía en el garaje las antigüedades que sólo estaría dispuesto a vender después de resistir hasta el final, casi por sobre su cadáver y cuando ya no hubiera para comer o pagar los colegios de los niños.

Mientras Pacho volvía con el toro, Horacio, con las manos en los bolsillos de la levantadora manchada de plátano, fumaba y contemplaba a su vaca. La oía masticar el tronco de plátano, crunch, crunch, crunch, y se le hacía la boca agua. Horacio, que estaba muy cerca de la muerte pero aún no lo sabía, aplastó la colilla con la bota de caucho y se acercó a acariciar al animal y a examinarle las orejas, para ver que no tuviera garrapatas.

—Putona que sos, Lola —le dijo, recorriéndole con los dedos el peludo caracol de las orejas.

Descuajó la garrapata con cuidado, para no perturbar a la vaca, puso la garrapata en la palma de su mano por un momento, sin pensar en nada, sólo detallando su forma horrenda, la colocó sobre una piedra que afloraba del pasto como una isla y la aplastó con la bota. Miró el mapa de la sangre en la piedra y buscó en uno de los bolsillos de la levantadora el paquete de cigarrillos y en el otro el encendedor Ronson, que olía a gasolina.

El toro volvió a alzarse mientras un grupo de azulejos se metía en afilada, revolcada competición entre la platanera.

La vaca quedó preñada y empezó a pasar el tiempo.

Horacio compró otra vaca, también pequeña, que llegó recién parida, pero sin ternero, y que daba todavía leche calostrada. Al ternero lo habían convertido en salchichón. Esta era aún más bajita que la primera y sus ubres repletas a veces desaparecían entre el pasto. Era negra y

tenía un triángulo blanco en la frente, por lo que Pacho la llamaba Estrella. Horacio a las dos las llamaba vaca, salvo cuando estaba de buen humor y les daba nombres como Lola, Lola Puñales, Ay Carmela o Cleopatra.

Pacho era capaz de sacarles los gusanos a las vacas apretándoles la piel y la carne con los dientes hasta que los parásitos le caían en la boca. Escupía entonces el gusano, que se retorció en el aire, lo aplastaba con sus pies de terracota y lanzaba un grueso chorro de saliva, a modo de limpieza bucal, que seguía la curva de los arcoíris. Las niñas gritaban, se metían a la casa, se escondían detrás de los naranjos.

—Eavemaría Pacho, usted sí es muy cochino—le decían, y él hacía sonar su risa gutural, pues le gustaba ser malo.

Además de las vacas de Horacio, Pacho se encargaba de la yegua del médico, que llevaba a pastar todos los días. Era anciana y tenía las pestañas blancas. La única persona que la montaba era Pacho, quien se acomodaba hacia la grupa huesuda, para no lastimarle el espinazo, y dejaba colgar a cada lado sus pantalones sucios, de los que salían los enormes pies color ladrillo. La yegua todavía relinchaba y resoplaba de vez en cuando, pero era como si sacudieran polvo. Durante años había cargado al médico, flaco, alto, ascético, vestido de paño negro, por caminos verdiales, bajo el sol o entre luciérnagas, por cafetales o por el monte espeso, rumbo a casas metidas entre aguacates y guamos, donde niños querían llegar o ancianos irse. Hasta que un día Francisco Eladio vio que la yegua también se había hecho anciana y que merecía un descanso, y decidió que sus últimos días fueran de sólo caminar, pastar y parpadear. Por las mañanas Pacho la llevaba desde la pesebrera de la casa de Francisco Eladio hasta un pastizal que el

médico había alquilado sólo para ella. Camino del pastizal, y a contracorriente de autobuses y automóviles, la yegua, clop, clop, clop, hacía repicar entre el estruendo su liviano, lento, casi imaginario contrapunteo de herraduras.

«No es que sea anterior al avión de propulsión», decía el médico, quien usaba ese anacronismo cuando ya todo el mundo decía jet y los DC-3 empezaban a lucir cansados entre las montañas, así como decía «calcetines» por medias y «función» por película. «Es anterior al motor de explosión, al de vapor, anterior a la rueda si lo miramos como es».

Quizás porque Francisco Eladio era un nombre demasiado complicado, sus cuñados, aun antes de que se casara con Rosalía, habían empezado a llamarlo Pacho Luis. Pero el médico también se acostumbró a decirles Pacho Luis, y a veces sólo por el contexto se sabía a cuál de ellos se estaba refiriendo. «Lo que pasa es que este Pacho Luis es un manojo de nervios», decía, y se sabía que hablaba de Horacio. «Yo lo pienso dos veces antes de ir adonde Pacho Luis, porque me deja siempre embarullado», decía, y era claro entonces que se refería a su cuñado Elías.

Elías escribía libros. Durante sus casi setenta años, no había dejado nada de lo que se mueve bajo el sol sin admirar, ni autoridad humana sin criticar, ni piedra sin levantar, ni asunto humano o divino donde no armara una polvareda. «No lo deja a uno descansar, ese Pacho Luis», agregaba el médico. «Y explicame, ¿para qué da tantas vueltas, si todo está tan claro? Dios es Dios; Satanás es jodido, cojea y tiene rabo prensil. Y uno hace lo que puede».

Cuando los hermanos, hermanas, cuñados y cuñadas se reunían, los niños se alelaban, pues sus padres empezaban a llamarse Pacho Luis unos a otros. En el corredor

de la finca de tierra fría que el médico tenía en la cordillera, en el corredor de la casa del escritor, en el corredor de la finquita que su hermana Ligia tenía en La Estrella o bajo los naranjos de la casa de Horacio, se reunían los sábados y domingos a fumar y hablar de la naturaleza humana, de política, de Dios, de árboles y de plantas, de vacas, de la belleza de ciertos libros, tan inmortales como el planeta —y tan poco inmortales como él—, al tiempo que llenaban los formularios de las carreras de caballos. Cuando se reunían en la casa del escritor podía llegar algún admirador suyo, que se sumaba a la entrecruzada conversación y cuando se dirigía a él lo llamaba Maestro.

—¿Para qué buscar a Dios afuera? Ese no sería Dios, ¿cierto? Ese sería un personaje —decía Elías, que usaba boina y tenía cabeza grande y ojos cafés claros, siempre admirados e inquisitivos, como los de los niños.

—Le trajeron la semilla de Miami. Da aguacates del tamaño del carrito de aquel —decía Álvaro, también hermano de Horacio.

—A mí no me gustan, por lo simples, los aguacates esos. No son sino grandes. No saben sino a agua—decía Ligia, la hermana menor.

—¿O sea, Maestro, que para usted uno es Dios?

—En la quinta carrera tengo a Desdémona, hombre, Pacho Luis. ¿Vos qué decís?

—Dios está en uno. En todo —respondía Elías—. Cuando Pacho gargajea, ahí está la maravilla, el Paraíso Terrenal. Uno se asquea porque lo enredaron con nociones del bien y del mal. Sabio y feliz es el que es, Garcés, no el que conoce.

Garcés era gordo, muy rosado y algo ingenuo. Iba a morirse de un síncope y permanecería tan rosado en el

ataúd como lo había sido en vida. Se diría que lo habían enterrado vivo.

—Buena yegua, pero corre pesada —decía Horacio mientras estudiaba el folleto con la descripción de las carreras—. Román es un jinete maravilloso, Pacho Luis, pero así y todo no creo que gane. Yo la tengo en placé.

De vuelta a casa, los niños preguntaban que por qué se llamaban todos Pacho Luises, y los padres, cada uno por su lado, respondían cosas como: «No preguntés tanto, orejón, que te enfermás».

A Horacio le gustaba que se reunieran en su casa, para mostrarles las vacas y los naranjos, para llevarlos al garaje donde guardaba las antigüedades («caminá te muestro algo, vení») y abrir con cuidado alguna de las muchas cajas que se apilaban hasta el techo, de la que empezaba a sacar periódicos hasta dar con algo envuelto en una piyama vieja. Deshacía el envoltorio con cuidado y hacía aparecer dos bacantes de senos voladores, por ejemplo, repujadas en un disco de marfil de casi medio metro de diámetro. «Ahora decime si esto no es perfecto».

Cuando los negocios andaban mal y se veía sin plata para el mercado o para pagar las cuotas de la deuda de la casa, antes que vender alguno de los objetos empacados en el garaje, Horacio jugaba como loco a los caballos y les pedía prestado a sus hermanos. Prendía un cigarrillo con otro, dormía mal y el genio se le dañaba. En la casa no volvía a hablar. Le dolía el estómago. Se tranquilizaba un poco ordeñando, picándoles troncos de plátano a sus vacas, dándoles miel, cepillándolas y ofreciéndoles sal en la palma de su mano.

Horacio palpó la barriga de la vaca cargada. Le puso el oído.

El embrión nada en el mar, pensó, cascos de agua todavía, cola de pez. El que es, el que es, el que es, no el que conoce. El diablo tiene cola, como dice Pacho Luis. En Europa en alguna parte vi el enorme cuadro del Ángel Caído yéndose de culos al infierno entre la pelotera de su propia armadura relumbrante; y la del ternero a estas alturas podría ser cabeza de cabra o de caballo. El otro día soñé que me arrastraba el diablo de un tobillo a los infiernos por un camino parecido al que baja al río en la finca de Francisco Eladio. El agua más fría del mundo. Tenía tenedor en la mano, escamas en los hombros y pelos de cerdo en la espalda, como el padre Mejía. Pata de macho cabrío y aliento a bagre podrido. Desperté gritando y estuve todavía un rato en parte aquí y en parte camino del infierno. Y entonces mi boca llena de sal y mis manos llenas con las nalgas de ella, yo, yo, su cabello suelto, abundante como helecho desparramado, Margarita, ay Dios, mi corazón, que hasta dolía, a punto de estallar.

Se acomodó mejor en la banqueta para acallar la erección y mojó con leche caliente una de las tetas, para lubricarla y ayudar a que la leche bajara. Entonces sus manos largas la apretaron con pericia y el chorro se metió sedoso y potente entre la espuma de la leche caliente que había ya en el balde. Se le entumeció un poco el brazo izquierdo y pensó que era por el ejercicio del ordeño. A eso de las diez se levantarían las niñas, y a eso de las once empezarían a llegar las hermanas de Margarita. Y cuando él volviera a la casa a bañarse ya estaría todo el mujererío en el poder, como en una ciudadela de mujeres.

Martica, la mayor de sus cuñadas, solterona que vivía de vender mercancía que traía de Miami —en su mayoría cosméticos de Avon, tan superiores a los de Revlon—,

muchas veces las embadurnaba con cremas. Y cuando él llegaba del pastizal oliendo a vaca y a leche, encontraba a nueve mujeres en total sentadas en la sala —sus tres hijas mayores, sus cinco cuñadas y Margarita, quien seguramente ya no recordaba nada de lo que había pasado la noche anterior—, todas irreconocibles a no ser por la voz, enceguecidas por las rodajas de pepino cocombro que se ponían sobre los párpados después de cubrirlos con una crema especial de Avon para combatir la pata de gallo. A veces, además de sus cuñadas y sus hijas, estaban las amigas y clientas de Martica, quien traía emparedados y canastas de gaseosas para amenizar lo que llamaba una Demostración de Productos, formando grupos de hasta veinte mujeres.

—O me morí o empezó el Apocalipsis —decía Horacio si estaba de buen genio.

Cuando estaba de mal genio, que era las más de las veces, en particular si había tenido que vender alguna de sus antigüedades, decía:

—Otra vez se me armó el mierdero, ¡vida cagada la mía!

—Eavemaría Horacio, usted sí es muy vulgar.

—Boquisucio.

—Eavemaría papá. Le debía dar vergüenza.

—Tan grosero.

—No le hagan caso.

—Eavemaría Horacio.

—Vulgar.

—¡Grosero!

—Vulgar.

Al mediodía de aquel sábado se levantó el hijo, quien, después de gritar «Carlina marica, qué pasó con el desayuno», llegó a la sala donde estaban las mujeres

enmascaradas y dijo «¡el castillo de los monstruos!», lo que, vaya a saber la razón, hizo sonreír a la mayoría de las que, sin dejar de hablar ni un segundo, reposaban en la noche de los pepinos cocombros. Entonces le preguntó a la mamá que dónde putas le habían metido la honda.

—Búsquela donde la guardó, Jerónimo Guillermo —dijo Margarita con su voz llena, firme, de mujer de cuarenta y un años, grave, sedosa, mate.

El niño subió al segundo piso y empezó a devastar su propio cuarto, buscando la honda. Y, como no la encontró, asoló las habitaciones de las niñas, que empezaron a gritar. Subió Margarita con la cara llena de crema.

—¿Qué es la bulla? —preguntó Horacio desde el baño.

Jerónimo insultaba como un poseso. Temblaban los cimientos de la casa. Las niñas lo sacaron de sus cuartos a empellones y se encerraron dando un portazo (afuera mugían las vacas, cantaban los pájaros), hasta que finalmente Carlina apareció con la honda, que el muchacho había dejado sobre la tapa del inodoro del baño de abajo.

—Eras vos la que la tenía escondida, Carlina hedionda —dijo Jerónimo.

—En el escusado la dejaste, mocososo.

—Mocososo su madre.

—Condenado mocososo, atrevido —dijo Carlina, y se fue para la cocina seguida por el olor a Vick VapoRub con el que acostumbraba frotarse las sienes. Carlina se amarraba a veces un trapo rojo en la cabeza, bajito sobre las cejas, para indicar que le habían amanecido doliendo las cuencas de los ojos.

—Hasta la vista, viejas hijueputas —gritó el niño antes de salir de la casa, y las mujeres que reposaban bajo las rodajas no pudieron dejar de sonreír.